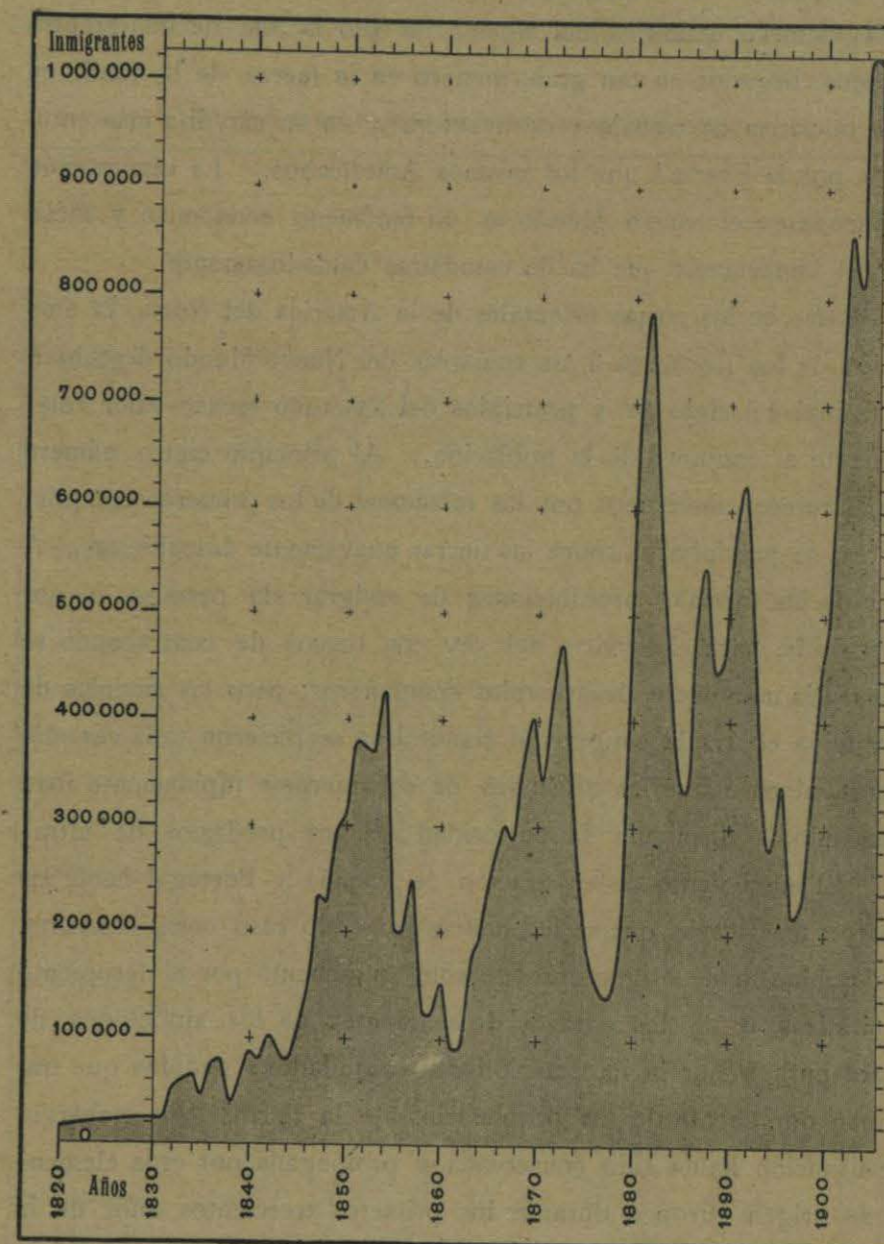


república guerrera en los montes Alleghany, transformados en ciudadela. «Dios mismo, decía, había creado aquellas montañas para hacer de ellas el lugar de defensa de los esclavos rebeldes». Puritano convencido, pero más hombre de acción que de oración, se creía escogido para empuñar la espada del Señor en una guerra de emancipación de los negros. Aquella guerra fué corta, puramente local y mínima por el número de los combatientes, pero fué heroica por parte de los agresores y mucho más noble por su objeto que aquella que se produjo después, llamada guerra de «Secesión». En tanto que ésta, que movió millones de hombres durante cuatro años, intentó, aunque sin conseguirlo, desarrollar sus formidables conflictos sin tocar el texto literal de la Constitución, el incidente de la rebeldía y la muerte de John Brown se terminó, sin la menor hipocresía, fuera de toda acción oficial y convenida. El héroe fué el inspirador de todos los que, en el gran conflicto, tuvieron fija la vista en un ideal verdaderamente humano. Como lo repitió el *ritornello* del himno guerrero que cantaron después los negros libres, «El alma de John Brown marchaba delante de ellos».

En cuanto á los hechos materiales de la pequeña insurrección local, la majestuosa historia oficial parece que trata de olvidarlos, y en aquellos Estados Unidos, donde suelen recordarse los grandes hombres con el respeto supersticioso de todo lo que les pertenece, no se halla piedra ni inscripción que recuerde en términos laudatorios ni siquiera decentes la memoria de John Brown. El 16 de Octubre de 1859, John Brown, con sus mismos hijos y veintidós amigos se apoderó de un almacén de armas situado en la ciudad de Harper's Ferry. Aquel punto estratégico, en la confluencia del Potomac y del Shenandoah, estaba muy bien escogido, y si los negros de las inmediaciones hubieran acudido á su socorro, si la insurrección se hubiera propagado de campiña en campiña, hubiera podido resistir mucho tiempo; pero no se produjo el levantamiento esperado, y de todas partes acudieron las milicias virginias á sitiarse. La pequeña partida, más que diezmada, fué pronto capturada, y John Brown, cubierto de heridas, fué ahorcado el 2 de Diciembre en un pueblecillo inmediato á Harper's Ferry. Su último acto, antes de ceñir su cuello la cuerda de la horca, fué besar en la frente á un niño negro que

N.º 456. Inmigración á los Estados Unidos de 1820 á 1905.



Las cifras más recientemente publicadas y que no ha conocido el autor, exceden de un millón de inmigrantes: 1.027,000 desde el 1.º de Julio de 1904 al 30 de Junio de 1905 y 1.030,000 durante los doce meses siguientes.

se hallaba entre los curiosos: acto simbólico y promesa de un porvenir no realizado aún entre las razas de la República americana.

Si los historiadores de los Estados Unidos, más fieles á la letra que al espíritu, no hacen completa justicia á la insurrección de John

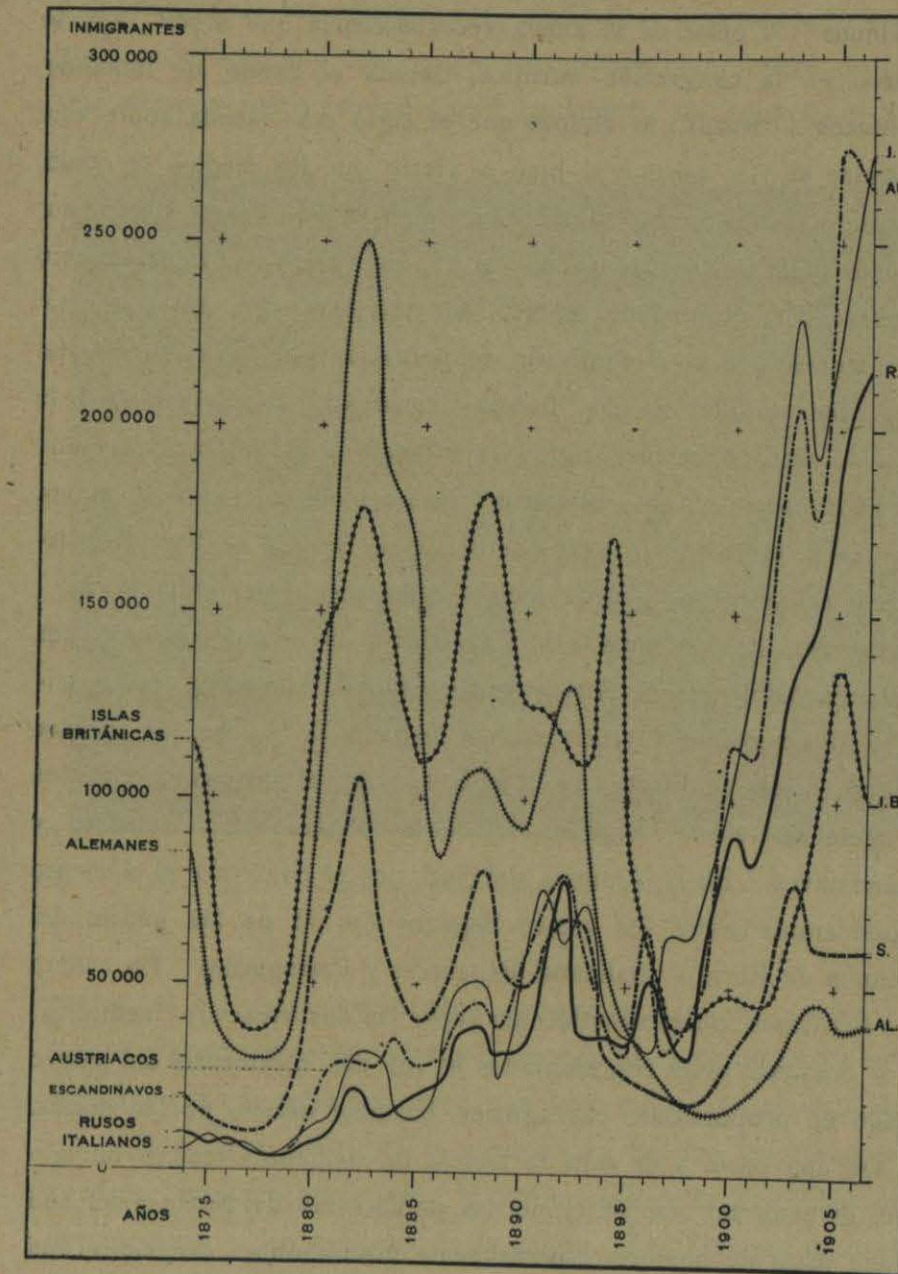
Brown, quizá no tengan tampoco en cuenta el enorme apoyo que, en la victoria definitiva del Norte, les dió la ola de inmigrantes europeos, llegados en tan gran número en la fuerza de la edad, en plena iniciativa de trabajo y de aventura, y en su mayoría más entusiastas por la libertad que los mismos Americanos. La inmigración de Europa en el Nuevo Mundo es un fenómeno económico y social de gran importancia que ha de estudiarse cuidadosamente.

Aparte de las costas orientales de la América del Norte, la emigración de los Europeos á las comarcas del Nuevo Mundo descubiertas al final del siglo XV y principios del XVI tuvo escaso valor relativamente al conjunto de la población. Al principio cierto número de aventureros, fascinados por las relaciones de los primeros conquistadores, se precipitaron sobre las tierras nuevamente descubiertas. Á pesar de las formales prohibiciones de emigrar sin permiso, ó, por mejor decir, para el servicio del rey, los barcos de contrabando se hacían á la mar llenos de atrevidos compañeros; pero las medidas de precaución contra la emigración clandestina se hicieron cada vez más severas, al paso que las ocasiones de enriquecerse rápidamente iban escaseando y disminuía la curiosidad de los prodigios de ultramar. El movimiento de emigración de España y Portugal hacia las comarcas americanas que se les habían sometido cesó completamente, y la población de origen europeo sólo se aumentó por el nacimiento de mestizos ó de los escasos descendientes de los autóctonos de sangre pura y por la importación de «alquilados» pedidos que trabajaban por cuenta de los propietarios de la tierra. Sin embargo, la emigración había sido conservada y prolongada por esos elementos de origen europeo durante los primeros trescientos años de la ocupación.

Desde la mitad del siglo XVIII la importación de los «alquilados» alemanes en Pennsylvania tuvo importancia suficiente para alarmar á Burke, quien en 1765 expresó el temor de que aquella colonia se hiciera completamente extraña á la Gran Bretaña por la lengua, las costumbres y las tendencias; sin embargo, la emigración no tomó un carácter continuo y regular hasta después de las guerras del Imperio, al principio del siglo XIX. A medida que disminuía la trata de esclavos y que el trabajo asalariado tendía á reemplazar la compra

directa de los negros, el número de los emigrantes de Europa aumentaba: de miles se elevaba gradualmente á decenas y á centenas de

N.º 457. País de origen de los inmigrantes en los Estados Unidos.



millares anuales. Durante los cien años que terminaron en 30 de Junio de 1900, la multitud de hombres que abandonó voluntariamente Europa para buscarse una nueva patria al otro lado del Océano pudo evaluarse en treinta millones.

Jamás en el curso de la historia se había realizado semejante emigración de los pueblos: los grandes exodos pudieron tener la misma importancia relativa que la población de América, pero no pusieron ciertamente en movimiento tan poderosas multitudes de individuos. A pesar de la nueva recrudescencia que desde 1898 se observó en la emigración europea, debida al exodo de Italianos, Austriacos y Rusos, es dudoso que el siglo XX exceda sobre este particular al XIX, porque si bien es cierto que los medios de comunicación son mucho más numerosos y eficaces que antes, sirven mucho más para el movimiento de vaivén que para el desplazamiento definitivo sin voluntad de regreso: se viaja más, pero quizá se emigrará menos, porque el equilibrio de población y de recursos se establece cada vez más en las diversas comarcas. En el año 1882 la curva de emigración del siglo XIX alcanzó el punto más elevado: sólo los Estados Unidos recibieron 788,992 inmigrantes, en su mayor parte en la fuerza de la edad; cerca de un millón de hombres aislados ó en pequeños grupos habían cambiado de mundo.

En esta obra inmensa de expatriación se había operado una notable división de los elementos nacionales. Sobre los treinta millones de emigrantes, veinte habían tomado la vía de los Estados Unidos, y esas multitudes se componían casi exclusivamente de los Europeos del Norte, Ingleses, Escoceses é Irlandeses, Alemanes y Escandinavos. En la América del Sud, por el contrario, el elemento preponderante entre los recién llegados fué el de las gentes del Mediodía de Europa: Italianos, Españoles y Portugueses. En cuanto á los Franceses, pueblo establecido sobre las dos vertientes mediterránea y oceánica, están representados en los dos continentes del Nuevo Mundo en proporciones casi iguales, bastante débiles por lo demás.

De una parte y de otra la mezcla de elementos étnicos de orígenes diversos no cesó de fundir las poblaciones del Norte y del Sud en una masa de hombres especialmente cosmopolita. No había una familia que no contase entre los suyos Eslavos, Alemanes y Latinos.

Por fácil que haya llegado á ser la emigración, es decir, el desprendimiento de la persona al medio natal, exige siempre valor, iniciativa y resolución. Antiguamente solía verificarse á mano armada, por la conquista como en tiempo de los Mamertinos, ó por carava-

nas de mercaderes, bajo la protección de las costumbres y de los tratados. Actualmente los individuos aislados, más que las familias, los clanes ó las sectas, son los que intentan la temible aventura del desarraigo; pero se hace con prudencia, á veces con cierta timidez, á la manera de los animales con tentáculos, procurando prever los peligros y disminuir los riesgos; en primer lugar tratan de crearse una segunda patria donde hallen la lengua, las tradiciones mater-



Cl. P. Sellier.

EMIGRANTES ATRAVESANDO EL ATLÁNTICO

(Estampa de 1855).

nas, y, si es posible, costumbres análogas á las del «país», y las simpatías cordiales de parientes y amigos. Los provincianos y extranjeros que van á establecerse en una gran ciudad no se dispersan en ella á la ventura, sino que se agrupan en barrios, esforzándose por ayudarse mutuamente contra la indiferencia ó la hostilidad de los desconocidos y los peligros de la suerte. Las diversas nacionalidades se reúnen en islotes arqueológicos en todas las ciudades capitales, París, Londres, New-York, San Francisco, lo mismo que antiguamente en las Universidades los estudiantes se distribuían en «hospitales», en «colegios», en «naciones». Cuando por la feliz casualidad de una circunstancia imprevista un emigrante halla una resi-

dencia muy hospitalaria, frecuentemente vienen otros compatriotas á formar enjambres á su rededor como las abejas en torno de una «madre». Así ha sucedido con los «Barcelonetas» de los Altos Alpes, que han llegado á ser comerciantes de telas en Méjico, quienes fueron sucesivamente llamados ó invitados por parientes y amigos que habían logrado hacer fortuna en esa industria hacia mediados del siglo XIX. En cincuenta años el número de los capitalistas «barcelonetas», que por lo demás son gentes sin iniciativa, aunque favorecidos por un trabajo de rutina que sólo pide ayuda mutua, se ha elevado á cuatrocientos cincuenta «que valen» seguramente más de un centenar de millones¹.

Los ejemplos del mismo género eran ya antiguamente la regla, y son en el día más frecuentes á medida que el hombre ha llegado á sentirse más hombre en la gran fraternidad humana. El que tiene sentimientos nobles y se juzga justo y bueno hallará en todas partes compañeros ó los merecerá al menos. Los deseos más comunes de los que se desplazan sobre la superficie de la tierra se revelan principalmente por los nombres que dan á las nuevas comarcas donde se establecen, y donde frecuentemente creen reconocer rasgos amados del país de origen. La Nueva Inglaterra, para no citar más que esta colonia moderna, es, entre todas, aquella en que se ha reproducido la «Vieja comarca» por los nombres, la disposición y el aspecto de las ciudades y las villas. ¿Qué población inglesa no tiene su homónima en la provincia americana, que fué precisamente la primera en desprenderse de la madre patria?

En nuestros días, los hombres que emigran á otras tierras, bajo otros cielos, por amor á las aventuras ó por curiosidad de lo desconocido, son una excepción. El pan y la libertad son los dos principales objetivos de los emigrantes europeos, y lo han sido sobre todo durante el período de revolución que se señaló á mediados del siglo XIX.

El exodo irlandés que se produjo en aquella época y que vació de habitantes ciertos distritos, tuvo el hambre por causa única. Un hambre atroz, cuya causa ocasional fué la enfermedad de las

¹ Em. Chabaud, *Des Barcelonnettes à Mexico*; Edmond Demolins, *Les Français d'aujourd'hui, types sociaux du Midi et du centre*, ps. 29 y siguientes.

patatas, pero cuyo verdadero motivo consistía en la apropiación de la tierra por el capitalista extranjero, produjo una mortalidad que se llevó más del décimo de la población, y la mayor parte de los desgraciados que quedaban no tenían más pasión que la de la huida, la de buscar la salvación en aquellos Estados Unidos de América donde se sabía que había compañeros de miseria que habían obte-



EMIGRANTES DIRIGIÉNDOSE HACIA EL FAR-WEST

(Estampa de 1855).

nido trabajo, buenos jornales y hasta fortuna. Todos aquellos que poseían alguna tierra la vendían á cualquier precio para el coste del pasaje; otros se dirigían á la opinión pública de Inglaterra, dolorosamente conmovida por las noticias del hambre, donde de todas partes afluían las suscripciones; por último, muchos propietarios sobre cuyos territorios habían perecido trabajadores, consentían en pagar el viaje de sus campesinos, acaso con la esperanza de librarse al mismo tiempo del remordimiento de su crimen. Todos esos medios reunidos obraron tan bien, que en el espacio de seis años, de 1847 — el *black forty seven* — á 1852, la población irlandesa descendió de 8.100,000 individuos á 6 millones. La «Pobre anciana» *Shan Von Vocht*, como llaman melancólicamente los Irlandeses á su madre patria, había perdido más de la cuarta parte de sus hijos. De 1826 á

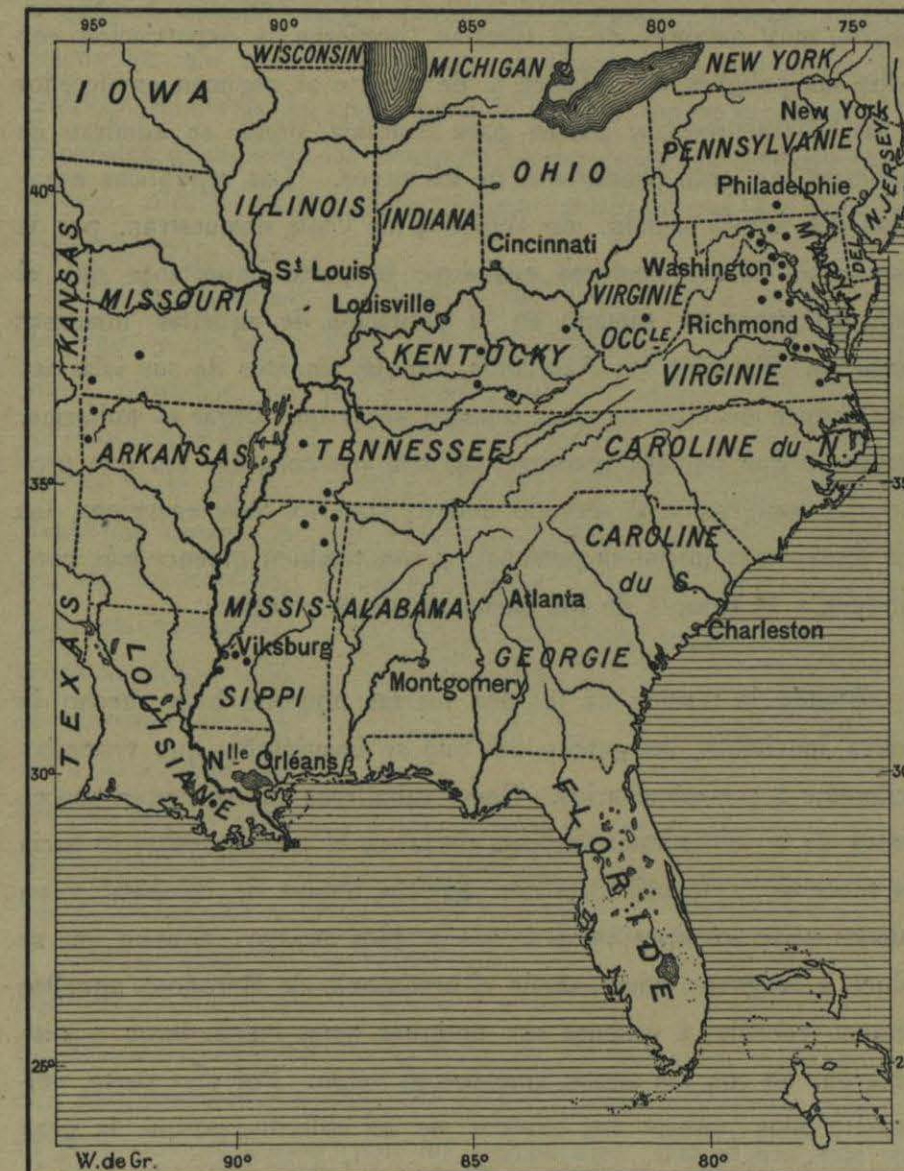
1905, la estadística de la inmigración en los Estados Unidos registró la entrada de 4.104,000 Irlandeses y de 3.345,000 Escoceses é Ingleses propiamente dichos.

La emigración alemana, en un principio menor numéricamente, destinada á superar en mucho la emigración irlandesa y después á ser reemplazada por una poderosa ola italiana y eslava, tuvo también por impulsor el hambre, sobre todo en los distritos rhenanos y silesios; sin embargo, á los famélicos se unió otro elemento de mayor valor intelectual y moral, el de los hombres que habían luchado en su país por la causa popular y que habían sido vencidos. La desilusión les hacía muy triste la residencia en la patria madrastra, y se dirigían hacia la república de los Estados Unidos, que, aunque distante del ideal soñado, ofrecía amplio espacio á sus inmigrantes, libertad plena de ir y venir y fácil acceso á las tribunas y á los periódicos. Es difícil apreciar en su valor en la historia de los Estados Unidos la influencia de esta inmigración republicana, ó á lo menos radical, germánica en grandísima mayoría, que se introdujo en el conjunto de la educación nacional americana. En todo caso es indudable que la guerra de «Secesión» debió en gran parte sus consecuencias abolicionistas á la ardiente propaganda de los republicanos de Europa que se alistaron en multitudes en las filas de los Federales del Norte y que consolidaron el ejército mucho más en concepto moral que material, puesto que aportaban sus convicciones republicanas y el odio á la esclavitud. Solamente los alemanes suministraron á la Unión 190,000 milicianos: á ellos se atribuye sobre todo la conservación del Estado del Missouri en la liga del Norte.

También entre los rebeldes han de clasificarse los prófugos que se destierran voluntariamente para sustraerse al servicio militar, precedentes en su mayor parte de Alemania y de Austria-Hungría, jóvenes que prefieren los peligros de un país desconocido á los cuarteles del país natal. Las islas Británicas, donde el ejército se recluta entre mercenarios, no han dado á las colonias esa categoría de ocupantes, y Rusia sólo ha contribuído en los últimos años con sus mennonitas y otras gentes de fe, á quienes sus principios religiosos y humanitarios prohíben el uso de las armas. Pero prece-

dentemente, las grandes insurrecciones de Polonia habían dado por resultado dirigir hacia la Europa occidental y los Estados Unidos

N.º 458. Teatro de la guerra de Secesión.



1 : 16 000 000

0 250 500 1000 Kil.

Los puntos negros indican los lugares de batalla. — Gettysburgo está en Pennsylvania, cerca de la frontera del Maryland; Savannah es la ciudad más meridional de la Carolina del Sud.

la mayoría de los patriotas polacos que habían podido escapar á la prisión, á la deportación ó á la muerte. Francia y España tuvie-

ron también parte en ese movimiento de emigración por causa de leyes militares, pero en esas dos comarcas los focos de emigración se limitaron durante mucho tiempo casi exclusivamente á las provincias Vascas entre el Adour y los Pirineos cántabros; porque los Vascos, muy amantes de su libertad, prefieren la expatriación con todos sus peligros de desastre y de muerte al régimen envilecedor de las guarniciones, y parten para América, donde se admiran de encontrar tan gran proporción de los suyos. Las repúblicas españolas del Nuevo Mundo, de Méjico y de Chile demuestran, por la abundancia de sus nombres eúskaros, la parte importante que el elemento vasco ha tomado en la población de aquellas inmensas comarcas. También los Azorianos, aunque amantes de sus islas natales, huyen de ellas en gran número antes que llevar el uniforme. Contra lo que pudiera pensarse, no son los cobardes los que prefieren la emigración al servicio militar, sino los más enérgicos, los que tienen más iniciativa personal, y son también quienes más contribuyen á la riqueza de los países donde se refugian.

Cuando la tensión de las dos fuerzas opuestas hubo hecho la guerra inevitable, las gentes del Sud se imaginaron que vencerían fácilmente á sus adversarios. Como caballeros que se creían procedentes de la aristocracia inglesa, afectaban el mayor desprecio hacia los tenderos y trabajadores con quienes habían de combatir y en quienes veían los semejantes de sus propios esclavos, chusma que se reduce á latigazos, como, según el testimonio de Herodoto, aquellos esclavos rebeldes á quienes sus antiguos amos combatieron y dispersaron, no con las armas, sino con el látigo. Por otra parte, únicamente ellos poseían los cuadros de un ejército, porque la gran mayoría de oficiales de tierra y de mar se habían inclinado naturalmente hacia los esclavistas á quienes les habían unido las relaciones sociales y las fiestas mundanas. Los Sudistas habían tenido alguna experiencia militar en Méjico y en la América central, y el hábito del mando en los campamentos de sus negros había hecho de ellos oficiales natos: en su comparación, las gentes del Norte no eran al primer contacto más que bandas indisciplinadas. Sin embargo, por confiados que fuesen, si no en la justicia, al menos en la legalidad,

en la tradición jurídica de su causa, lo mismo que en su excelencia personal, los esclavistas del Sud no podían dudar de este hecho incontestable, la superioridad material de sus adversarios del Norte, á quienes indudablemente pertenecía la fuerza, porque eran con mucho los más numerosos, y á sus compactas filas podían añadir la multitud infinita de los inmigrantes de Europa, que se presentaban tan dispuestos á empuñar las armas de guerra como las herramientas de trabajo; además tenían los prodigiosos recursos que les daba una industria muy superior á la de las gentes del Sud, y de antemano disponían de los tesoros que dan la ciencia y la iniciativa; por último, la red de ferrocarriles, cuyas mallas se entrecruzaban sobre todo el territorio, les permitía hacer que las tropas maniobraran fácilmente para el ataque y para la defensa.

Evidentemente los políticos que lanzaron los Estados confederados á la rebeldía y á la guerra no ignoraban esas enormes ventajas que poseían los Estados unionistas, pero en su jactancia, explicable por los precedentes, imaginaban que sus adversarios no sabrían utilizar esas inmensas fuerzas: contaban sobre la conservación del ascendiente que el orgullo, la violencia y el hábito de la autoridad les habían asegurado siempre en las asambleas deliberantes: el dominio que siempre habían ejercido en el Senado, que frecuentemente habían disputado con buen éxito en la Cámara de los representantes, contaban adquirirlo también sobre la multitud innumerable que se agitaba en las ciudades industriales del Norte. El desprecio de sus adversarios es una gran fuerza, pero no conviene abusar



ESCENA DE GUERRA
(Croquis de Frank. H. Schell).
Cl. del Century.

El herido de la izquierda pide al dibujante que separe el cuerpo del soldado que había venido á morir sobre él. En el centro un joven se venda el tobillo, á los pies del cadáver de su padre.

de ella. Los Sudistas no habían igualado á sus adversarios en la seriedad del estudio ni en la intensidad del trabajo material y moral, pero les habían vencido con frecuencia por la vehemencia del discurso, por la facundia oratoria; habituados á mandar los negros, creían poder también dominar á los blancos: la embriaguez de sus palabras les siguió hasta los campos de batalla, llegando á reivindicar la superioridad intelectual, aunque su literatura, comparada con la del Norte, y especialmente con la de la Nueva Inglaterra, careciese de todo valor. A esa desigualdad humillante daban una razón rarísima: pretendían que los Meridionales, conservadores naturales de la tradición, no querían en manera alguna separarse de la literatura clásica de los Milton, de los Dryden, de los Goldsmith, de los Pope, y de ese modo contrariaban todos los esfuerzos que hubieran podido dar por resultado la creación de una nueva literatura¹.

Los primeros sucesos de la guerra parecieron justificar la confianza de los esclavistas. Un bombardeo les entregó (16 Abril 1861) el fuerte Sumter, principal fortaleza de la bahía de Charleston, ciudad «santa» de los confederados, y la acción de Bull Run, en las tierras pantanosas que bordean al Oeste el bajo Potomac, terminó por la huída casi ridícula de los Federales, tropas sin cohesión que veían el fuego por primera vez. Fué preciso detener bruscamente las operaciones militares en que se habían comprometido imprudentemente y limitarse á la defensiva, parapetándose detrás de las fortificaciones en tierra, donde los reclutas se ejercitaban en el aprendizaje de su oficio. Pero el simple campamento sobre un punto de futuro ataque determinaba cada vez más el estado de guerra, y las escaramuzas tomaban gradualmente el carácter de batalla. La posición geográfica de las dos capitales enemigas, Washington y Richmond, obligaba á los ejércitos á gravitar alrededor de esas plazas. En tanto que los «Confederados» ó Sudistas, más audaces y más libres en sus movimientos, se aventuraban con singular audacia hasta la proximidad de Washington, y trataban de sorprenderla por una campaña sostenida en el Maryland y en la Pennsylvania, los «Federales» ó gentes del Norte impulsaban lentamente sus trabajos de aproximación hacia Rich-

¹ Thomas Nelson Page, *Marya Chan*.

mond, ya por el Norte, á través de los valles paralelos de los ríos que les separan de James-river, ya por el Este, en la misma península que se levanta ó más bien que se eleva por grados en la dirección de la ciudad ambicionada. ¡Cuántas veces los ejércitos, instruidos uno y otro en la matanza, chocaron en batallas indecisas, y cuántas veces avanzaron y retrocedieron sucesivamente después de terribles asaltos acometidos por ambas partes! Acaso no haya habido guerra más sangrienta; rara vez fueron sacrificadas más vidas humanas sobre los campos de batalla que durante aquella lucha de cuatro años.

Primeramente vencidos por tierra, los Federales habían tenido la victoria en su primer combate naval, y pronto la ventaja capital que dan la industria y el comercio permitió á los asaltantes extender su bloqueo á lo largo de las costas del territorio esclavista y hasta penetrar en los estuarios y en las desembocaduras de los ríos del litoral. Verdad es que hubo corsarios del Sud y marinos extranjeros que lograron muchas veces forzar el bloqueo para introducir en el territorio sitiado armas, provisiones y correspondencia, pero esos desembarcos se hacían á gran coste, á cambio de algodón, cuya cosecha disminuía cada año. Llegó el día en que el círculo de hierro juntó sus dos extremos, cuando las flotillas de los ríos del interior se reunieron delante de Vicksburgo á los barcos llegados del mar por el bajo Mississippi, y mientras el grueso de los ejércitos se estrechaba sobre el contorno del núcleo formado por las dos capitales, el enorme circuito que se prolongaba á lo lejos hacia el Sudoeste se hallaba comprimido por las fuerzas del Norte: virtualmente el conflicto había de resolverse en pro de la serpiente que tenía ya á su víctima en sus abiertas fauces.

Sin embargo, la alucinación producida por el resultado de las primeras batallas y el deseo secreto que tenían las potencias europeas de anular la concurrencia temible de una rival triunfante en industria y en comercio, produjeron en el espíritu de la mayoría de los políticos la idea de que la resistencia de los Confederados acabaría por cansar á los fanáticos de la Unión y hasta por agotar sus recursos. El hombre de Estado más famoso que vivió en aquella época, el ilustre Gladstone, ya conocido con el nombre de *Great*

Old Man, dió, no obstante, la prueba de su falta de clarividencia política, puesto que felicitó públicamente á los jefes de la Confederación por haber sabido «crear una nación». Lo que les faltaba para ello era una idea directora dominante capaz de levantar la masa popular y apasionarla de una manera duradera por el entusiasmo de una causa noble. Pero si los propietarios de esclavos afectaban creer que la esclavitud de los negros era verdaderamente un principio por el cual es justo sacrificar la vida, la masa de los «pequeños blancos» no propietarios permanecía perfectamente indiferente á aquella palabrería, y si por una parte odiaba á los negros á causa de la diferencia de la piel y de la concurrencia del trabajo, por otra detestaba á los «grandes blancos», los altaneros patronos. Sin embargo, si los políticos de los Estados confederados se hubieran apoyado sobre el principio fundamental de toda libre asociación, si hubieran reivindicado el derecho natural del hombre á la autonomía personal y á la libertad de la agrupación según las simpatías, si hubieran dicho sencillamente «Vuestra compañía nos desagrada, gentes del Norte, y deseamos vivir en lo sucesivo como nos convenga, escogiendo nuestros aliados á nuestro gusto», se hubieran hallado sobre un terreno sólido y hubieran sido inatacables desde el punto de vista de la justicia humana. Puede creerse que hubieran tomado esa franca actitud si hubieran estado solos, pero se presentaban en la lucha al lado de los despreciados blancos de clase ínfima y, lo que es peor, acompañados de chusma de esclavos, y en esta situación compleja no podían reclamar á la vez el derecho á su libertad personal y el de esclavizar á los otros. Se veían, pues, obligados á atenerse á los precedentes históricos, á los textos legales, á la discusión de las confusas fórmulas de constitución y de jurisprudencia; como antes en el recinto del Congreso, discutían puntos de derecho en el campo de batalla, y á la voz chillona de los abogados acompañaba el estampido del cañón.

Por su parte los Unionistas se desprendían muy lentamente de su formalismo constitucional para adoptar francamente un principio: el del derecho del hombre á la libertad. Las manifestaciones oficiales se referían á la letra de la ley: únicamente los abolicionistas á quienes se llamaba «sectarios» y «fanáticos», saltaban sobre el

«compromiso del Missouri», el «proceso Dreat Scott, los juicios del Tribunal Supremo» y otros precedentes parlamentarios y legales. Los emigrantes que se hacían recibir en el número de los ciudadanos y se alistaban en multitud en el ejército, veían también las cosas desde un punto de vista más elevado que los nacidos en el país, acostumbrados á las sutilezas constitucionales: se necesita la herencia de algunas generaciones en las tradiciones absurdas para



Cl. del Century.

BATALLA DE ANTIETAM

Los Federales ganan el puente de Burnside (17 de Septiembre de 1862)
según el croquis de Edwin Forbes, hecho durante el combate.

sostener que los negros eran una «propiedad» del mismo género que el ganado. Los extranjeros recién llegados hubieran considerado muy natural que se sacaran los esclavos de las plantaciones y se les regimentara contra sus antiguos amos; pero el escrupuloso presidente Lincoln y los sabios jurisconsultos que le rodeaban no vieron desde un principio en el negro más que la pura mercancía determinada por los antecedentes legales, y hasta ocurrió que cuando la lógica de los acontecimientos hubo hecho justicia de toda esa logomaquia, cuando á pesar de todo fué preciso emancipar y armar los